TAMBORES DE GUERRA   RUDYARD KIPLING

TAMBORES DE GUERRA

Rudyard Kipling



Rudyard Kipling

Tambores de guerra



Rudyard Kipling

Nació en Bombay, India Británica, el 30 de diciembre de 1865. Fue un escritor que ganó el Premio Nobel de Literatura en 1907, convirtiéndose en el primer autor inglés merecedor de este galardón. Rechazó el Premio Nacional de Poesía Poet Laureat en 1895, la Orden de Mérito del Reino Unido y el título de sir de Caballero de la Orden del Imperio británico en tres ocasiones.

Permaneció cinco años en un hogar social de Southsea, experiencia que describe en su relato *La oveja negra* (1888). De su creación se destacan obras como: *El hombre que pudo reinar* (1890) o *El libro de la selva* (1894) y *Kim de la India* (1901), En el año 1882 regresó a la India, momento en que comenzó a trabajar para la *Civil and Military Gazette* de Lahore hasta 1889, en calidad de editor y escritor de relatos.

Murió en Londres el 18 de enero de 1936.

Tambores de guerra
Rudyard Kipling

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Jerson Lenny Cervantes Leon
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

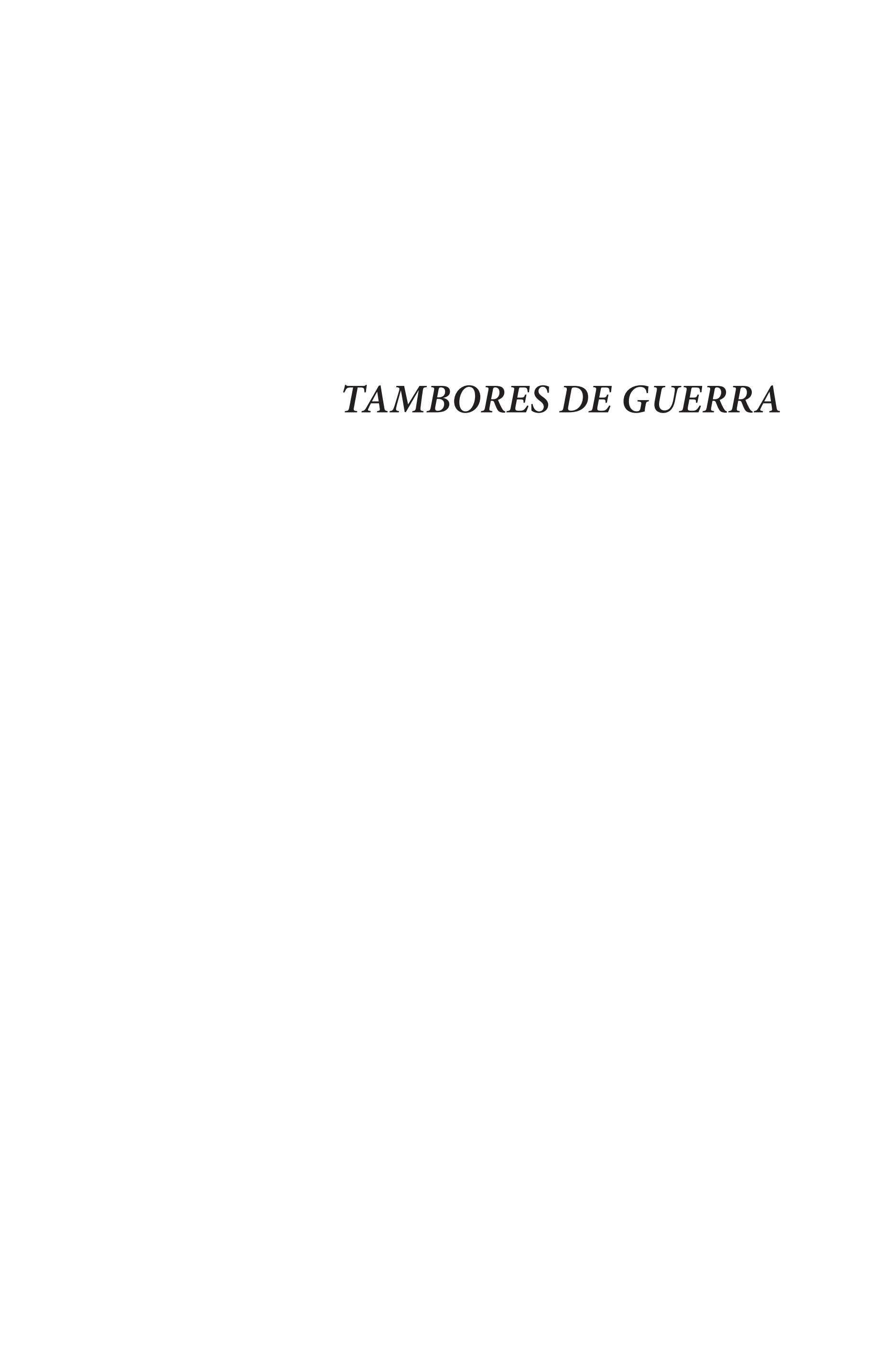
La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



TAMBORES DE GUERRA

En la nómina de las Fuerzas Armadas figuran todavía como «Los destacados y Aptos de la muy Regia y muy leal infantería ligera de la princesa Hohenzollern-Sigmaringen de Anspach Merther-Tydfilshíre, adscritos al Regimiento del Distrito 392 A», pero en todos los barracones y las cantinas del ejército se les conoce ahora como «Los destacados e ineptos». Acaso con el tiempo lleguen a hacer algo que honre su nuevo título, si bien por el momento han caído en un profundo oprobio, y el hombre que los llame «destacados e ineptos» sabe que corre el riesgo de perder la cabeza que reposa sobre sus hombros.

Dos palabras más escuchadas en los establos de un determinado regimiento de caballería bastan para que los hombres echen a la calle con palos y correas, lanzando improperios, pero si alguien se atreve siquiera a susurrar «destacados e ineptos», el regimiento empuñara los rifles.

La excusa es que volvieron e hicieron cuanto pudieron por concluir su tarea con elegancia, aunque todo el mundo sabe que fueron abiertamente derrotados, azotados, aplastados y amedrentados, y que se echaron a temblar. Lo saben los soldados, lo saben sus oficiales y lo sabe la Guardia Real, y también el enemigo lo sabrá

cuando sobrevenga la próxima guerra. Hay en el frente dos o tres regimientos marcados por un negro estigma que quedará entonces borrado, y en un grave aprieto se verán las tropas a cuya costa consigan limpiarlo.

Oficialmente se supone que el valor del soldado británico se halla por encima de toda duda, y así es por regla general. Las excepciones se ocultan discretamente y solo al calor de la animada conversación, que de cuando en cuando desborda a medianoche el comedor de los oficiales, se alude a ellas. Se cuentan entonces extrañas y horrorosas historias de hombres que no secundan a sus oficiales, de órdenes dadas por quienes no tienen atribuciones para el mando y de vergonzosos errores que, de no ser por la proverbial fortuna del Ejército británico, bien pudieran haber desencadenado un desastre monumental. Son historias poco gratas de oír y los oficiales las cuentan a media voz, sentados junto a las grandes chimeneas, mientras los más jóvenes ladean la cabeza y suplican íntimamente a Dios que sus hombres no se comporten nunca de ese modo.

En ningún caso puede culparse al soldado británico por un fallo ocasional, pero él no debe conocer este

decreto. Un general de mediana inteligencia tardará seis meses en dominar el arte de la guerra en la que se ve inmerso; un coronel puede malinterpretar de plano la capacidad de su regimiento hasta tres meses después de haber entrado en combate, y hasta un comandante de compañía puede equivocarse en cuanto al temple y el carácter de sus hombres. De ahí que no pueda culparse al soldado, y aún menos al soldado de hoy, por batirse en retirada. Naturalmente se enfrentará a la horca o al pelotón de fusilamiento, porque es preciso dar ejemplo a los demás, pero en ningún caso debe ser vilipendiado en los periódicos, pues tal conducta constituye una falta de tacto además de un desperdicio de espacio.

Digamos que el soldado lleva unos cuatro años al servicio de la emperatriz, y que se licenciará en el plazo de otros dos años. No ha heredado unos valores morales, y cuatro años no son suficientes para fortalecer su carácter ni para enseñarle hasta qué punto es sagrado su regimiento. Quiere beber y divertirse —en la India quiere ahorrar dinero—, y no le hace gracia resultar herido. Ha recibido la formación indispensable para comprender la mitad del sentido de las órdenes que recibe y especular sobre la naturaleza de heridas limpias, profundas y

mortales. Así, si recibe orden de desplegarse bajo el fuego que preludia el combate, sabe que el riesgo de morir en el despliegue es muy elevado, y sospecha que lo lanzan al ataque tan solo para ganar diez minutos. Puede optar por desplegarse con desesperada celeridad o puede arrastrar los pies, escabullirse y huir, según la disciplina a que se haya visto sometido a lo largo de esos cuatro años.

Provisto de un conocimiento imperfecto, aquejado por la maldición de poseer una imaginación rudimentaria, lastrado por el egoísmo de las clases bajas y con escasos apoyos en el regimiento, el joven soldado se encuentra de pronto ante un enemigo que en tierras orientales es siempre feo, generalmente alto y peludo y con frecuencia escandaloso. Si mira a derecha e izquierda y ve que los soldados de mayor edad —hombres con doce años de servicio a sus espaldas que, él lo sabe, son conscientes de lo que está a punto de ocurrir— abordan sin dificultad una carga, un ataque o una demostración, encuentra algún consuelo y apoya la culata de su rifle contra el hombro con ánimo enérgico. Aún mayor es su tranquilidad si el oficial que se ha ocupado de su formación y alguna vez le ha roto la cabeza, le susurra al oído: «Seguirán otros cinco minutos gritando. Luego cargarán, ¡y entonces nos agarramos de los pelos!».

Pero si se ve rodeado de hombres con el mismo período de servicio, hombres que palidecen y juguetean con el gatillo, diciendo: «¿Y ahora qué rayos pasa?», mientras los mandos de la compañía echan mano de los sables al tiempo y gritan: «Primera línea. Preparen las bayonetas. ¡Cuidado allí… cuidado! ¡Ajusten la mira a trescientos… no, a quinientos! ¡Todos al suelo! ¡Ya! ¡Primera línea, de rodillas!», y así sucesivamente, el joven soldado se inquieta, y el abatimiento se apodera de él cuando oye que un compañero se vuelve con el estrépito de un atizador al golpear contra el guardafuegos de la chimenea y gruñendo como un buey sacrificado. Si consiente en avanzar un poco más y logra ver el efecto de su ataque sobre el enemigo, entonces se anima y puede que se excite hasta alcanzar la pasión ciega del combate que, en contra de la creencia general, se halla bajo el control de un diablo glacial y produce en los hombres los mismos temblores que las fiebres palúdicas. Si se queda paralizado y empieza a sentir frío en la boca del estómago, y por ello resulta gravemente herido y oye órdenes que en ningún momento llegan a pronunciarse, romperá filas y huirá despavorido, y no hay bajo el sol nada más terrible que un regimiento británico que deserta. Cuando la situación va de mal en peor y el

pánico se propaga como una epidemia, los mandos de la compañía deben dejar que los soldados se retiren, y más les vale huir del enemigo y quedarse donde están, por su propia seguridad. No será grato enfrentarse a ellos si se consigue que regresen al campo de batalla, pues si lo hacen es para no abandonar.

En un plazo de treinta años, cuando hayamos logrado educar parcialmente a todo lo que lleva pantalones, nuestro ejército será una máquina muy poco fiable. Sabrá demasiado, pero hará muy poco. Y años más tarde, cuando todos los hombres alcancen el nivel intelectual del oficial de hoy día, ese mismo ejército arrasa la tierra. Hablando en plata, lo que hacen falta son patanes o caballeros, o, mejor aún, patanes bajo el mando de caballeros, para que la carnicería se realice con eficacia y celeridad. Desde luego que el soldado ideal debe pensar por sí mismo, así lo dice el manual; más para alcanzar esta virtud ha de pasar lamentablemente por la fase de pensar en sí mismo, lo cual desvía el carácter. Es posible que el patán demore en aprender a pensar por sí mismo, pero tiene auténticas ganas de matar, y un pequeño correctivo le enseñará a salvar el pellejo y despellejar al otro. Un regimiento de las *Highlands* profundamente devoto y

comandado por presbiterianos de alto rango resulta tal vez un grado más temible en el combate que un millar de rufianes irlandeses bien curtidos, pero liderados por ateos jóvenes y deshonestos.

Son este tipo de factores los que ponen a prueba la regla; a saber que los hombres corrientes no son de fiar cuando actúan por su cuenta y riesgo. Tienen ciertas ideas acerca del valor de la vida, y no se les ha enseñado a perseverar y a exponerse a los peligros. Privados del respaldo de los camaradas que han muerto, se vuelven cautos, y en tanto no recuperen este sostén, en lo que centrarán sus esfuerzos muchos mandos del regimiento, serán más propensos al deshonor de lo que permiten la magnitud del Imperio o la dignidad del Ejército. Sus oficiales son hombres capaces, pues su formación se ha iniciado a una edad temprana, y ha dispuesto Dios que un puñado de intachables jóvenes británicos, procedente de las clases medias, se distinga del resto de la juventud por su carácter, su inteligencia y sus agallas. De ahí que un muchacho de dieciocho años sea capaz de resistir armado con una espada de hojalata y el corazón rebosante de alegría hasta el momento de ser abatido. Si muere, muere como un caballero. Si vive, escribe a

los suyos y cuenta que lo han «cazado», «emboscado», «cascado» o «rajado», y entonces acosa al gobierno para que se le conceda una gratificación por sus heridas hasta que se produce la siguiente escaramuza, momento en el cual comete perjurio ante la comisión médica, le va con paparruchas al coronel y adula al agregado hasta que se le permite regresar al frente.

Y esta perorata me lleva directamente a la mayor pareja de granujas que jamás haya tañido un tambor o soplado un pífano en la banda de un regimiento británico. Su pecaminosa carrera concluyó en abierta y flagrante sublevación, y por ello murieron de un disparo. Eran sus nombres Jakin y Lew —Piggy Lew—, dos descarados y pícaros tambores a quienes el primer tambor del regimiento de los «destacados e ineptos» azotaba con frecuencia.

Jakin era un muchacho raquítico, de catorce años, y Lew tenía más o menos la misma edad. Fumaban y bebían a escondidas. Blasfemaban de continuo a la manera del cuartel, que consiste en lanzar juramentos entre dientes y con frialdad, y peleaban religiosamente una vez por semana. Jakin había salido de alguna cloaca

londinense, y se desconoce si pasó por las manos del doctor Barnardo antes de alcanzar la dignidad de tambor. Lew no tenía más recuerdos que los del regimiento y el placer que le proporcionaba escuchar a la banda desde sus primeros años de vida. En algún recóndito lugar de su alma mugrienta albergaba un verdadero amor por la música, y tenía una engañosa cara de querubín, al punto que las hermosas damas que observaban al regimiento en la iglesia decían de él que era una «preciosidad». Claro que jamás llegaron a oídos de ellas los vitriólicos comentarios del angelito sobre las maneras y la moral de las damas en cuestión cuando regresaba al cuartel con la banda, maquinando nuevas ofensas contra Jakin.

El resto de los tambores odiaban a los dos muchachos por su insensato proceder. Era frecuente que Jakin la emprendió a puñetazos con Lew o que Lew arrastrara la cabeza de Jakin por el barro, si bien cualquier intento de intervención del exterior topaba con la fuerza combinada de Lew y de Jakin, y sus consecuencias son desastrosas. Los dos chicos eran los Ismaeles del cuerpo, aunque Ismaeles con posibles, pues vendían sus mutuas peleas en semanas alternas para diversión del cuartel, cuando no se enfrentaban a otros muchachos, y de este modo amasaban dinero.

Sobre este día en particular hubo disensión en el regimiento. Los jóvenes tambores acababan de ser castigados por fumar una vez más, costumbre esta muy perjudicial para los muchachos, que gastaban picadura de tabaco; y Lew sostuvo que Jakin «apestaba tanto, pues llevaba la pipa en el bolsillo», que él y solo él era el responsable del escozor que sintieron tras ser azotados con la vara.

—Te digo que la pipa estaba escondida en el barracón —dijo Jakin en tono pacífico.

—Eres un maldito mentiroso —le espetó Lew sin acaloramiento.

—Y tú un maldito bastardo —contraatacó Jakin, sabedor de los inciertos orígenes de su amigo.

Hay en el amplio vocabulario de insultos cuarteleros una palabra que no puede quedar sin respuesta. Uno puede llamar a otro ladrón sin que le pase nada. Incluso puede llamarle cobarde sin más consecuencias que una bota que pasa zumbando muy cerca de la oreja, pero ninguno puede llamar a otro bastardo a menos que esté dispuesto a demostrarlo con uñas y dientes.

—Eso mejor te lo guardas para cuando no esté tan magullado —dijo Lew en tono lastimero, tanteando la defensa de Jakin.

—Más magullado te voy a dejar yo —Fue la genial respuesta de Jakin, que arremetió contra la frente de alabastro de su amigo.

Todo habría terminado bien, y esta historia, como se dice en los libros, nunca habría llegado a escribirse, de no ser porque quiso el destino que el hijo del sargento de intendencia, un hombre de veinticinco años sin oficio ni beneficio, apareciese por allí después del primer asalto. El hombre en cuestión se hallaba eternamente necesitado de dinero y sabía que los chicos tenían plata.

—Otra vez peleando —comentó—. Se lo diré a mi padre y él dará cuenta al abanderado.

—¿Y eso a ti qué te importa? —respondió Jakin con las aletas de la nariz dilatadas de un modo muy desagradable.

—¿A mí? Nada. Tendrás problemas y no creo que estés en situación de permitírselo.

—¿Qué rayos sabes tú de nosotros? —intervino Lew, el serafín—. Tú no formas parte del ejército; eres un piojoso y un gorrón.

Lew se acercó al hombre por su flanco izquierdo.

—Sí, porque te topas con dos caballeros que están saldando sus diferencias con los puños y metes tu sucia nariz donde no te llaman. Vuelve a casa con la puerca mestiza de tu madre si no quieres saber lo que es bueno —dijo Jakin.

El hombre intentó vengarse, haciendo chocar entre sí las cabezas de los chicos. El plan habría tenido éxito si Jakin no le hubiera asestado un fuerte puñetazo en el estómago y Lew se hubiera abstenido de darle patadas en las espinillas. Pelearon, sangraron y jadearon por espacio de media hora, y, tras propinarle una buena paliza, arrastraron triunfalmente al adversario como arrastra a un chacal una jauría de *terriers*.

—Ahora —anunció Jakin sin aliento—, tendrás tu merecido.

Y procedió a darle puñetazos en la cara mientras Lew se encargaba de patear otras zonas de la periferia de su anatomía. La caballerosidad no es el punto fuerte del tambor común, que pelea, como sus mayores, con ánimo de dejar su impronta.

Cadavérico y destrozado salió el intruso de la pelea, y terrible fue la ira del sargento de intendencia, como terrible fue la escena que tuvo lugar en la oficina del cuartel, donde los réprobos hubieron de comparecer para enfrentarse a la acusación de dejar medio muerto a un «civil». El sargento de intendencia tenía sed de venganza, y el hijo mintió. Los jóvenes tambores permanecieron en posición de firmes mientras los cargos se concentraban sobre ellos como nubes negras.

—Nosotros dos, rufianes, dan más problemas que todo el regimiento junto —Aseguró con furia el coronel—. Amonestarlos es como hablarle a la pared, y no puedo encerrarlos en un calabozo ni suspenderlos del servicio. Volverán a ser azotados.

—Con el debido respeto, mi coronel —intervino Jakin con voz estridente—, ¿no podemos decir nada en nuestra defensa?

—¿Cómo? ¿Te atreves a llevarme la contraria? —respondió el coronel.

—No, mi coronel —dijo Lew—. Pero cuando un hombre viene y te amenaza con denunciarte ante usted, mi coronel, porque has tenido un pequeño encontronazo con un amigo y pretende sacarte el dinero, mi coronel…

La oficina estalló en carcajadas.

—¿Y bien? —dijo el coronel.

—Eso es lo que hizo ese miserable Janwar, mi coronel, y se habría salido con la suya si no se lo hubiésemos impedido. Le aseguro que no le dimos mucho, mi coronel. No tenía ningún derecho a entrometerse, mi coronel. No me importa ser azotado por el primer tambor o castigado por algún cabo, pero, mi coronel, yo… no creo que sea justo que un civil se enfrente a un militar.

Un segundo estallido de carcajadas inundó la oficina, aunque el coronel estaba muy serio.

—¿Qué clase de carácter tienen estos chicos? —preguntó el coronel a la brigada del regimiento.

—Según el director de la banda, mi coronel —informó el respetado oficial, único hombre en todo el regimiento a quien los muchachos temían—, son capaces de cualquier cosa menos de mentir, mi coronel.

—¿Cree usted que nos meteríamos con ese hombre por diversión, mi coronel? —terció Lew, señalando al demandante.

—¡Amonestados… amonestados! —exclamó el coronel con irritación, y cuando los chicos se marcharon le soltó al sargento de intendencia un sermón sobre el pecado y la inutilidad de sembrar la cizaña y dio órdenes de que el director de la banda sometiera a los tambores a una disciplina más estricta.

—Si alguno de los dos vuelve a aparecer en el ensayo con un solo rasguño en esas caras de mono —rugió el director de la banda—, ordenaré al primer tambor que les despelleje la espalda. ¿Lo han entendido, par de diablos?

Se arrepintió de sus palabras en cuanto Lew, que parecía un serafín con su roja casaca de gala, ocupó el puesto de uno de los trompetistas —que se encontraba en el hospital— para hacer el eco de una pieza de batalla.

Lew tenía un gran talento musical y, en sus momentos de mayor exaltación, expresaba el anhelo de dominar todos los instrumentos de la banda.

—No hay nada que te impida llegar a ser director de banda, Lew —le dijo el director, que había compuesto sus propios valses y trabajaba día y noche por el interés del conjunto.

—¿Qué te ha dicho? —quiso saber Jakin después del ensayo.

—Que puedo ser un director de banda de primera. Y que me invitarán a tomar una copa de jerez en las veladas de oficiales.

—¡Ya! ¡Ha dicho que puedes ser un no combatiente de primera! Eso es lo que quería decir. Cuando haya terminado mi servicio, es una maldita lástima que eso no cuente para recibir una pensión…, me formaré como soldado raso. Y en un año llegaré a lancero, conociendo como conozco los entresijos de las cosas. En tres años llegaré a sargento de primera. Pero no me casaré; ¡eso ni loco! Aprenderé las maneras de los oficiales y solicitaré el traslado a un regimiento donde nadie sepa nada de mí.

Y ascenderé a oficial de primera. Entonces te invitaré a tomar una copa de jerez conmigo, «señor» Lew, y tendrás que quedarte en el salón hasta que el sargento te lo ponga en tus sucias manos.

—Supongamos que llego a director de banda. Aunque lo veo difícil. Yo también seré oficial. El maestro dice que el que la persigue la consigue. El regimiento no volverá a casa hasta dentro de otros siete años. Para entonces seré lancero o andaré cerca.

Así discutían los muchachos su futuro, y se comportan como dos santos por espacio de una semana; es decir, Lew iniciaba un amorío con la hija del abanderado, una chica de trece años, «no», según le explicó a Jakin, «con intenciones de matrimonio, sino para no perder la práctica», y Cris Deighan, la muchacha de pelo negro, disfrutaba de aquel romance más que de los anteriores, desatando con ello la furia del resto de los tambores, mientras Jakin sermoneaba a su amigo sobre los peligros de «quedar enredado en las enaguas».

Sin embargo, ni el amor ni la virtud habrían bastado para retener a Lew por mucho tiempo en la senda de la corrección si no hubiese corrido el rumor de que el

regimiento se hallaba a punto de pasar al servicio activo, para participar en una guerra que, por el bien de la brevedad, llamaremos la «guerra de las tribus perdidas».

El rumor llegó a los barracones casi antes que al comedor de los oficiales; de los novecientos hombres del cuartel, no llegaban ni a diez los que habían visto disparar un arma con rabia. El coronel había participado en una expedición fronteriza veinte años antes; uno de los comandantes había prestado servicio en Ciudad del Cabo; un desertor de la Compañía Oriental había ayudado a poner orden en las calles en Irlanda; pero eso era todo.

El regimiento llevaba muchos años en compás de espera. El grueso de la tropa contaba con entre tres y cuatro años de servicio; los oficiales de rango inferior al de teniente tenían menos de treinta años; y ni soldados ni sargentos recordaban ya las historias que se habían escrito sobre la bandera: la nueva enseña de la unión oficialmente bendecida por un arzobispo en Inglaterra antes de la partida del regimiento.

Deseaban ir al frente —se mostraban entusiastas y ansiosos por partir—, mas no tenían conocimiento alguno de lo que la guerra significaba, y tampoco nadie

podía decírselo. Se trataba de un regimiento educado, con un alto porcentaje de graduados escolares en sus filas, y la mayoría de los militares sabía algo más que leer y escribir. Habían sido reclutados en leal observancia de la idea territorial, aun cuando no tuvieran noción alguna de dicha idea. Eran los excedentes de un distrito industrial superpoblado. El sistema había logrado revestir de carne y músculo sus jóvenes huesos, pero no infundir valor en los descendientes de hombres que, por espacio de varias generaciones, habían trabajado sin descanso a cambio de una paga más que exigua, sudando en secaderos, doblando el lomo sobre los telares, tosiendo a causa del plomo blanco y tiritando en barcazas cargadas de cal. En el ejército hallaron comida y descanso, y ahora se disponían a combatir a los «negros», que huían si los amenazabas con un palo. De ahí que estallaran en vítores al propagarse el rumor, mientras los astutos suboficiales de la oficina especulaban con las posibilidades de una paga extra para ahorrar un sueldo. En el cuartel general se decía: «Los destacados y aptos no han entrado en combate en el curso de la última generación. Es mejor que se entrenen con una misión fácil; que se encarguen de proteger las líneas de comunicación».

Sucedió, sin embargo, que había una gran necesidad —una necesidad desesperada— de regimientos británicos

en el frente, mientras que los dudosos regimientos nativos podían hacerse cargo de las tareas menores. «Que formen brigada con dos regimientos fuertes», fue la decisión del Cuartel General. «Sufrirán algún revés, pero aprenderán el oficio. No hay como una buena alarma nocturna y un poco de mano dura con los rezagados para que el regimiento espabile en el campo de batalla. Ya verán cuando les hayan cortado el gaznate a media docena de centinelas».

El coronel comunicó con sumo placer que el ánimo de sus tropas era excelente, y el regimiento se hallaba a la altura de las expectativas y en perfecto estado de salud. Los comandantes sonrieron con moderada satisfacción; los suboficiales bailaron un vals en el comedor después de la cena y a punto estuvieron de resultar heridos practicando con el revólver. Jakin y Lew, por su parte, estaban muy preocupados. ¿Qué sería de los tambores? ¿Participaría la banda en la batalla? ¿Cuántos músicos acompañarán al regimiento?

Celebraron consejo en lo alto de un árbol, mientras fumaban.

—Es un fastidio que nos dejen aquí con las mujeres. Seguro que tú te alegras —dijo Jakin en tono sarcástico.

—¿Lo dices por Cris? ¿Qué es una mujer, o un cuartel lleno de mujeres, ante la posibilidad de servir en combate? Sabes que tengo tantas ganas de ir como tú —respondió Lew.

—Ojalá fuera un maldito corneta —observó Jakin con tristeza—. Seguro que se llevan a Tom Kidd, que tiene yeso en el cuerpo como para cubrir una pared entera, y a nosotros nos dejan aquí.

—Pues hagamos algo para que Tom Kidd no pueda volver a tocar la corneta. Tú le agarras de las manos y yo lo golpeo —propuso Lew, rebullendo sobre la rama.

—Eso no servirá de nada. Y con la mala fama que tenemos no estamos en condiciones de presionar. Si deciden que la banda se queda en el cuartel no iremos, y habrá que fastidiarse. Aunque si deciden llevar a la banda podrían excluirse por incapacidad física. ¿Tú eres físicamente apto, Piggy? —preguntó Jakin, asestando a Lew un fuerte codazo en las costillas.

—Sí —respondió Lew soltando un improperio—. El médico dice que tienes el corazón débil por fumar con el estómago vacío. Saca pecho para que pueda comprobarlo.

Jakin sacó pecho y Lew le estampó un puñetazo con todas sus fuerzas. Jakin se puso muy pálido, jadeó, tragó saliva, apretó los ojos y dijo:

—Está bien.

—Pasarás la prueba —concluyó Lew—. He oído que algunos se han muerto de un buen golpe en el esternón.

—Eso tampoco aumenta nuestras posibilidades —objetó Jakin—. ¿Sabes adónde nos envían?

—Sabe Dios, pero él nunca abandona a un amigo. Al frente a matar a los pastunes: un hatajo de mendigos peludos que si te cazan te sacan las tripas. Aunque dicen que sus mujeres son guapas.

—¿Y habrá botín? —preguntó el disoluto Jakin.

—Ni un mísero anna, a menos que caves en la tierra para ver si los negros han escondido algo. Son muy pobres.

Erguido sobre la rama, Jakin contemplaba la llanura.

—Se acerca el coronel, Lew. El coronel es un buen hombre. Vayamos a hablar con él.

Lew casi se cae del árbol ante la audacia de la propuesta. Al igual que Jakin, no temía a Dios ni respetaba al hombre, pero hay límites incluso para la osadía de un tambor, y dirigirse a un coronel era…

Pero Jakin ya se había deslizado por el tronco del árbol y se acercaba a paso ligero hacia el coronel, que caminaba sumido en las ensoñaciones y los pensamientos propios de un caballero de la Orden del Baño —incluso de un consejero real—, pues ¿No se hallaba al mando de uno de los mejores regimientos del frente: el de los destacados y aptos? Vio que dos chiquillos se le acercaban. En una ocasión previa se le había comunicado solemnemente que los tambores se habían amotinado, y Jakin y Lew eran los cabecillas. El asunto tenía visos de conspiración organizada.

Los chicos se detuvieron a veinte metros, avanzaron los cuatro pasos reglamentarios y saludaron al unísono, tiesos como escobas y apenas más altos que estas.

El coronel estaba de un humor espléndido; los chiquillos parecían indefensos y desamparados en mitad de la desolada llanura, y uno de ellos era muy apuesto.

—¡Vaya! —exclamó el coronel, que los había reconocido—. ¿Proponen tumbarme aquí mismo? Estoy seguro de no haberme entrometido jamás en sus asuntos, pero —olisqueó con aire receloso—, me parece que han estado fumando.

Era preciso batir el hierro mientras aún estuviera caliente. Un tumulto agitaba sus corazones.

—Disculpe, mi coronel —comenzó Jakin—. ¿Es cierto que el regimiento ha recibido orden de entrar en combate, mi coronel?

—Eso parece —respondió cortésmente el coronel.

—¿Y lo acompañará la banda, mi coronel? —preguntaron los dos al mismo tiempo. Y acto seguido, sin pausa, añadieron—: Nosotros también iremos, ¿verdad que sí, mi coronel?

—¡Nosotros! —exclamó el coronel, retrocediendo un paso para abarcar mejor con la mirada sus pequeñas figuras—. ¡Ustedes morirían en la primera carga!

—No, mi coronel. Podemos marchar con el regimiento a cualquier parte, avanzar en cualquier parte —aseguró Jakin.

—Si va Tom Kidd, seguro que se quedará callado como un muerto — intervino Lew—. Tiene las venas de las piernas muy estrechas, mi coronel.

—¿Muy qué?

—Muy estrechas, mi coronel. Por eso se le hinchan después de un desfile, mi coronel. Si él puede ir, nosotros también podemos, mi coronel.

El coronel volvió a mirarlos de hito en hito.

—Sí, la banda irá con el regimiento —anunció con gravedad, como si se dirigiera a un oficial de su mismo rango—. ¿Ustedes tienen padres?

—No, mi coronel —respondieron alegremente Lew y Jakin—. Los dos somos huérfanos, mi coronel. Nadie se preocupará por nosotros, mi coronel.

—Pequeños como un arenque, pero quienen ir al frente, ¿no es así? ¿Por qué?

—Yo visto el uniforme de la reina desde hace dos años, mi coronel —explicó Jakin—. Es muy duro para un hombre no recibir su recompensa por el deber cumplido, mi coronel.

—Y yo… si no voy, mi coronel —interrumpió Lew— … el director de la banda dice que seré un músico de primera antes de pasar al servicio activo, mi coronel.

El coronel tardó un buen rato en responder, hasta que dijo tranquilamente:

—Si el médico da el visto bueno, creo que pueden ir.

Aunque yo de todos nosotros no fumaría.

Los chicos saludaron y desaparecieron. El coronel volvió a casa y le describió la escena a su mujer, a quien

se le llenaron los ojos de lágrimas. El coronel estaba profundamente satisfecho. Si un par de chiquillos demostraban tanto arrojo, ¿qué no podría esperarse de los hombres?

Jakin y Lew entraron en el dormitorio de los muchachos con actitud majestuosa y se negaron a hablar con sus compañeros al menos durante diez minutos, al cabo de los cuales, Jakin, estallando de orgullo, anunció:

—He tenido una entrevista con el coronel. ¡Qué buen hombre es el coronel! Yo le digo: «Coronel, deje que vaya al frente con el regimiento». Y él me dice: «Al frente irás; ya quisiera yo que hubiese más hombres como tú entre esa caterva de granujas que aporrean los tambores». Y se los aseguro, chicos, que si la tomas conmigo por decirles la verdad, por su propio bien, se les hincharán las piernas.

Se organizó no obstante una auténtica batalla campal en el dormitorio, pues los demás parecían consumidos por la envidia y el odio, y ni Jakin ni Lew se conducían con sabiduría conciliatoria.

—Voy a despedirme de mi novia —anunció Lew para colmo de males—. Que nadie se atreva a tocar mis cosas,

porque las necesito para el servicio activo, ahora que he sido especialmente invitado por el coronel.

Salió a grandes zancadas y, al abrigo de los árboles, silbó junto a la fachada posterior de las viviendas de los militares casados, hasta que Cris salió a reunirse con él y, una vez dados y recibidos los besos preliminares, Lew comenzó a exponer la situación.

—Me marcho al frente con el regimiento —anunció con valentía.

—Eres un mentiroso, Piggy —dijo Cris, no sin albergar dudas en su corazón, pues Lew no tenía por costumbre mentir.

—Mentirosa lo serás tú —replicó Lew, rodeándola con un brazo—. Me voy, Cris. Cuando el regimiento se disponga a partir, me verás desfilar junto a los demás, alegre y decidido. Besémonos de nuevo, Cris, para celebrarlo.

—Si te quedaras en el cuartel, que es donde deberías estar, tendrías todos los besos que quisieras —gimoteo Cris, haciendo un mohín.

—Es duro, Cris, lo comprendo. Pero un hombre tiene sus obligaciones. Si me quedara en el cuartel no valdría nada para ti.

—Eso no es verdad; y estarías conmigo, Piggy. Ni todo el pensamiento del mundo puede compararse con un beso.

—Y todos los besos del mundo no valen para ganar una medalla y lucirla en la solapa.

—No ganarás ninguna medalla.

—Claro que sí. Jakin y yo seremos los únicos tambores en activo. Todos los demás son hombres hechos y derechos, y ganaremos nuestras medallas junto a ellos.

—Deberían haber elegido a cualquier otro, Piggy. Te matarán… eres muy imprudente. Quédate conmigo, cariño, en el cuartel, y te amaré para siempre.

—¿Es que no me amas ya para siempre, Cris? Me dijiste que sí.

—Desde luego que sí, pero lo otro es mejor. Espera a crecer un poco, Piggy. Ni siquiera eres más alto que yo.

—Llevo dos años en el ejército y no pienso perder la ocasión de entrar en combate; no intentes convencerme. Volveré, Cris; y cuando me haga un hombre me casaré contigo… me casaré contigo cuando sea lancero.

—Prométělo, Piggy.

Reflexionó Lew por un instante sobre los planes de futuro que había hecho con Jakin muy poco antes, pero la boca de Chris se encontraba muy cerca de la suya.

—Lo prometo, con la ayuda de Dios.

Cris le pasó un brazo alrededor del cuello.

—No quiero retenerte, Piggy. Ve y consigue tu medalla, que yo te haré la bolsa con botones más bonita que sea capaz —le susurró Cris.

—No olvides poner dentro un mechón de tu pelo, Cris, y lo llevaré en el bolsillo mientras viva.

Cris volvió a llorar, y el encuentro se dio por concluido. La animosidad de los demás tambores alcanzó cotas febriles, y las vidas de Jakin y Lew empezaron a ser muy

poco envidiables. No solo se les había permitido enrolarse en el ejército dos años antes de la edad reglamentaria —los catorce años—, sino que, en virtud de su extrema juventud, eso parecía, se les permitía ir al frente, de lo cual no había noticia en el caso de ningún tambor.

La banda que acompañaría al regimiento estaría integrada por un total de veinte hombres; todos los demás se quedarían en el cuartel. Jakin y Lew eran miembros supernumerarios de la banda, por más que codiciasen el puesto de cornetas.

—No ha sido para tanto —dijo Jakin cuando hubo pasado el reconocimiento médico—. Debemos dar gracias porque nos permitan ir. El médico ha dicho que si fuimos capaces de resistir la paliza del sargento de intendencia resistiremos casi cualquier cosa.

—Y así lo haremos —le aseguró Lew, observando con ternura la birria de bolsita que Cris le había regalado, con un mechón de pelo sujeto bajo una «L» grande y desgarbada.

—No he conseguido hacerlo mejor —sollozó Cris—. No quise que mi madre ni el sastre del sargento me

ayudaran. Llévala siempre contigo, Piggy, y recuerda que te amo de verdad.

Partieron a la estación del ferrocarril novecientos sesenta hombres fuertes, y no hubo en el cantón nadie que no acudiera a despedirlos. Los tambores rechinaron los dientes al paso de Jakin y de Lew junto al resto de la banda; las mujeres casadas lloraban en la tribuna, y el regimiento vitoreó con ardor su noble conducta.

—¡Gente de honor! —observó el coronel a su inmediato subalterno, mientras supervisaba el embarque de las cuatro primeras compañías.

—Capaces de cualquier cosa —respondió el número dos con entusiasmo—. Aunque se me antoja que son demasiado jóvenes y están verdes para el asunto que nos ocupa. El frío en el frente es glacial.

—Están sanos —repuso el coronel—. Habrá que asumir el riesgo de que se produzcan algunas bajas.

Avanzaron en dirección norte, siempre hacia el norte, dejando atrás manadas y más manadas de camellos, ejércitos de simpatizantes y legiones de mulas cargadas,

viendo crecer las multitudes día tras día, hasta que el tren hizo sonar su silbato y se detuvo en un abarrotado cruce de vías férreas, donde cuarenta y seis vagones se acomodaban en seis líneas provisionales, no paraban de sonar los silbatos, sudaban los babus y maldecían los oficiales de intendencia desde el amanecer hasta bien entrada la noche, entre el forraje que el viento arrancaba de las pacas y los mugidos de un millar de bueyes.

«Deprisa… se los necesita en el frente». Este fue el mensaje que recibieron los destacados y aptos, y lo mismo decían los ocupantes de los vagones de la Cruz Roja.

—Lo peor no es la maldita guerra —explicaba un soldado de la caballería de los húsares tocado con un turbante a un grupo de admiradores de los destacados y aptos—. Lo peor no es la cochina guerra, aunque eso ya es bastante. Lo peor es la cochina comida y el cochino clima. Hiela todas las noches, menos cuando llueve; durante el día el sol abrasa, y la peste que echa el agua te puede tumbar. Tengo la cabeza cascada como un huevo, además de neumonía, y las tripas totalmente descompuestas. Les aseguro que allí no se va de excursión.

—¿Cómo son los negros? —quiso saber un cabo.

—En ese tren de ahí abajo hay algunos prisioneros. Puedes ir a verlos. Son la aristocracia del país. La gente corriente es feísima. Si quieres saber con qué combaten, echa un vistazo debajo de mi asiento y verás qué cuchillo tan largo.

Se acercaron y, por primera vez, vieron el siniestro sable afgano de hoja triangular, con la empuñadura de hueso. Medía casi lo mismo que Lew.

—Con eso te rebanan —explicó el húsar con escasas fuerzas—. Es capaz de cortarte el brazo a la altura del hombro como si fuese de mantequilla. Yo partí en dos al infeliz que llevaba este sable, pero ahí arriba hay muchos más. No saben lo que es la ambición, pero matan como diablos.

Cruzaron a continuación las vías del tren para ver a los prisioneros afganos. No se parecían a ninguno de los «negros» que los destacados y aptos habían visto hasta la fecha: eran enormes, de pelo negro, hijos de Israel, con cara de pocos amigos. Los afganos empezaron a escupir al saberse observados y cuchicheaban entre sí sin levantar la vista.

—¡Madre mía! ¡Son feos como cerdos! —exclamó Jakin, que estaba a la cola de la procesión—. Eh, tú, viejo, ¿te han golpeado? Suerte que no te colgaran por feo.

El más alto de los afganos se volvió, y las cadenas que llevaba en las piernas chocaron con estrépito al hacer el movimiento. Miró fijamente al chico y, dirigiéndose a sus compañeros en lengua pastún, dijo:

—¡Mirad! Envían a niños a pelear contra nosotros. ¡Qué gente! ¡Qué ilusos!

—¡Eh! —gritó Jakin, meneando alegremente la cabeza—. Te llevan al sur. Te darán *khana* y *peenikapana*… vivirás como un maldito rajá de marfil. Esa es mejor disciplina que una bayoneta en las tripas. Adiós, viejo. Cuida de esa cara tan bonita y pórtate bien.

Rieron y formaron para su primera marcha, momento en el que empezaron a comprender que la vida de un soldado no es todo cerveza y bolos. Estaban muy impresionados por el tamaño y la ferocidad de los negros, a quienes aprendieron a llamar «pastunes», y aún más con las muchas incomodidades del entorno. Veinte soldados veteranos podrían haberles enseñado

a acomodarse relativamente bien para pasar la noche, pero no había soldados veteranos, y, como decían los que avanzaban en formación, «vivían como cerdos».

Conocieron la frustración y las penalidades de los camellos y las cocinas de campaña, y la depravación de las tiendas de los soldados y las mulas heridas. Observaron los animálculos en el agua, que provocaron los primeros casos de disentería.

Al término de su tercer día de marcha se vieron ingratamente sorprendidos por la llegada a su campamento de una bala de hierro artesanal que, disparada desde un soporte firme a una distancia de casi setecientos metros, le voló los sesos a un cabo que se encontraba sentado junto al fuego. Este incidente los privó de la paz nocturna y marcó el inicio de una serie de ataques a larga distancia meticulosamente planeados a tal fin. De día no veían más que una desagradable nube de humo que ascendía desde un risco por encima de la tropa en formación. De noche avistaron llamaradas en la distancia y se producían bajas ocasionales, y el campamento entero refulgía en la oscuridad, incendiándose a veces las tiendas.

En tales ocasiones blasfemaban con ardor y aseguraban que el espectáculo era magnífico, pero eso no era una guerra.

Ciertamente no lo era. El regimiento no podía detenerse para tomar represalias contra los excelentes tiradores emboscados en la campiña. Era su deber seguir avanzando hasta reunirse con las tropas escocesas y gurkas con las que debían formar brigada. Los afganos lo sabían, cómo sabían, tras sus primeras tentativas de ataque, que se enfrentaban a un regimiento sin curtir. Y así, en lo sucesivo se empeñaron en la tarea de mantener a los destacados y aptos en permanente estado de tensión. Por nada del mundo se habrían tomado las mismas libertades con un ejército veterano, como los feroces gurkas, cuyo mayor placer era tenderse al raso en una noche oscura y acechar a quienes los acechaban —hombres temibles, vestidos con ropas de mujer, que rezaban a su dios durante las guardias nocturnas con una paz de espíritu que ni mil disparos podían quebrantar—; o como los implacables sijes, que avanzaban ostentosamente desprovistos de lo más necesario y aplicaban atroces castigos a quienes intentaran sacar provecho de su precariedad. Este regimiento blanco era distinto; muy distinto. Dormían

como puercos, y como puercos disparaban en todas las direcciones cuando los despertaban. El ruido que hacían los centinelas al pisar se oía a varios cientos de metros a la redonda; disparaban contra cualquier cosa que se moviera —aunque fuese un burro—, y una vez que habían disparado era científicamente posible azuzarlos para sembrar el horror lanzando una ofensiva bajo el sol de la mañana. Y estaban también los hombres de intendencia, a los que se podía degollar sin temor. Sus alaridos perturban a los muchachos blancos, además de privarlos de sus servicios, lo que ocasiona importantes molestias.

De ahí que en cada nueva emboscada el enemigo oculto se mostrara más osado, y el regimiento más confundido y humillado por los ataques que no podía vengar. El triunfo definitivo fue una incursión nocturna por sorpresa que concluyó con las cuerdas de muchas tiendas cortadas, el hundimiento de la tela empapada y el glorioso acuchillamiento de los hombres que luchaban y pateaban debajo. Fue una acción extraordinaria, ejecutada con pulcritud, que terminó por destrozar los alterados nervios de los destacados y aptos. Hasta entonces no se les había exigido más valor que el que

se requiere para «abandonar el calor de las mantas a las dos de la madrugada», con lo que no habían logrado nada más que desvelarse y disparar contra sus propios camaradas.

Hoscos, descontentos, ateridos, enfurecidos y enfermos, con sus uniformes sucios y deslustrados, los destacados y aptos se incorporaron al fin a su brigada.

—Parece que ha sido duro llegar hasta aquí —comentó el brigadier, pero se quedó blanco al ver los partes hospitalarios. «Esto no pinta nada bien», se dijo para sus adentros. «Están acabados». Y en voz alta, dirigiéndose al coronel, dijo—: Temo que vamos a necesitarlos de inmediato. La situación es muy precaria; de lo contrario les daría diez días para recuperarse.

El coronel parpadeó y dijo:

—Es un honor para mí, mi general. No hay necesidad alguna de dispensarnos. Mis hombres han sufrido numerosas emboscadas y ofensivas sin poder cobrarse cumplida venganza. Lo único que desean es ver a lo que se enfrentan.

—No he tenido una buena impresión de los destacados y Aptos —le confió el brigadier a su comandante—. Han perdido a buena parte de la soldadesca y, a juzgar por su estado, es como si hubieran llegado hasta aquí atravesando las líneas enemigas. En la vida había visto hombres tan reventados.

—Bueno, mejorarán con la práctica. Han perdido un poco de brillo en el avance, pero ya cobrarán el lustre de la batalla —observó el comandante—. Les han dado una buena paliza, y no alcanzan a entenderlo.

Así era. Todos los golpes habían ido a parar a un solo bando, y fueron golpes crueles, con accesorios que les ponían los nervios de punta. Y no faltó tampoco la enfermedad, que se cebaba en un hombre fuerte y lo arrastraba hasta la tumba entre atroces aullidos. Lo peor era que los oficiales sabían tan poco del país como los hombres de la tropa, aunque actuaban como si lo supieran. Los destacados y aptos se hallaban en una pésima situación, pese a que seguían confiando en que todo saldría bien si se les presentaba la ocasión de lanzar una buena ofensiva contra el enemigo. Las pequeñas escaramuzas valle arriba y valle abajo no colmaban

sus expectativas, y la bayoneta no parecía encontrar su oportunidad. Tal vez fuera mejor así, porque un afgano de brazos largos armado con uno de aquellos sables tenía un alcance de dos metros y medio, y era capaz de cortar el plomo y dejar fuera de combate a tres ingleses de una estocada.

Deseaban practicar un poco con el rifle contra el enemigo: setecientos riñes disparando a la vez. Este deseo daba cuenta del ánimo de la tropa.

Los gurkas llegaron al campamento, y los ingleses se esforzaron por confraternizar con ellos: les ofrecieron pipas de tabaco y los invitaron en la cantina.

Sin embargo, desconocían ampliamente el carácter de esos hombres, y los trataban como tratarían a cualquier otro «negro», de ahí que los hombrecillos de verde no tardaran en regresar junto a sus buenos amigos de las Highlands escocesas, a quienes con abundancia de sonrisas les confiaron: «Ese condenado regimiento blanco no vale para nada. ¡Son ariscos… puaj! ¡Sucios… puaj! ¡Eh, una copita aquí para Johnny!». A lo que los escoceses respondieron emprendiendo a golpes con los gurkas y adviniéndoles de que no se atrevieran a insultar

a un regimiento británico, pero los gurkas no paraban de reír con risa cavernosa, porque los de las Highlands eran sus hermanos mayores y gozaban de los privilegios del parentesco. Si un soldado raso osa tocar a un gurka, lo más probable es que le corten la cabeza por la mitad.

Tres días más tarde el brigadier planificó la estrategia de acuerdo con las reglas de la guerra y el peculiar carácter de los afganos. El enemigo se hallaba concentrado en gran número entre las montañas, y el avance de tantos estandartes verdes le advertía de que las tribus de «arriba» necesitaban la ayuda del ejército regular afgano. Un escuadrón y medio regimiento de lanceros bengalíes era toda la caballería disponible, y dos cañones prestados por una columna destacada a cincuenta kilómetros de allí, toda la artillería con que contaba el general.

—Si resisten, y estoy seguro de que así lo harán, creo que asistiremos a una acción de la infantería digna de ser presenciada —observó el general de brigada—. Actuaremos con elegancia. Cada regimiento entrará en combate acompañado de su banda, y dejaremos a la caballería en la reserva.

—¿Por toda reserva? —preguntó alguien.

—Por toda reserva; porque vamos a machacarlos —respondió el brigadier, que era un excelente general y no creía en el valor de la reserva cuando uno se enfrentaba con asiáticos. Lo cierto es que, bien mirado, si el ejército británico hubiese tenido que contar con alguna reserva en sus pequeñas escaramuzas, las fronteras de nuestro Imperio no habrían pasado de la costa de Brighton.

La batalla sería gloriosa.

Los tres regimientos surgirían de tres desfiladeros distintos, tras haber coronado sus cumbres, para caer respectivamente desde el centro, la izquierda y la derecha sobre lo que llamaremos el ejército afgano, estacionado en ese momento hacia el extremo inferior de un valle plano. De este modo se vería que tres lados del valle estaban casi dominados por los ingleses, mientras que el cuarto era de propiedad estrictamente afgana. En caso de derrota, los afganos podían huir por las montañas rocosas, donde el fuego de las tribus que integraban la guerrilla les cubriría la retirada. En caso de victoria, esas mismas tribus descenderían desde las montañas y se emplearían a fondo en derrotar a los británicos.

Los cañones cargarían contra las cabezas de los afganos si atacaban en formación cerrada, mientras la caballería de reserva, apostada en el valle, sería un discreto estímulo para su retirada tras el ataque conjunto. El brigadier, sentado en una roca sobre el valle, observaría el desarrollo de la batalla a sus pies. Los destacados y aptos saldrían del desfiladero central, los gurkas del de la izquierda y los escoceses del de la derecha, en razón de que el flanco izquierdo del enemigo parecía ser el que exigía mayor dureza. No ocurría a diario que el ejército afgano se batiese en retirada, y el brigadier estaba resuelto a aprovechar la ocasión al máximo.

—Si tuviéramos más hombres —se lamentó— podríamos rodearlos y aplastarlos por completo. En la situación actual solo podremos cortarles la retirada. Es una lástima.

Los destacados y aptos habían disfrutado de una paz sin interrupciones por espacio de cinco días y empezaban a recobrar el valor, a pesar de la disentería. Sin embargo, no estaban contentos, pues no sabían lo que se avecinaba y, aunque lo hubiesen sabido, tampoco habrían sabido cómo afrontarlo. Pasaron esos cinco días,

que los soldados veteranos podrían haber aprovechado para instruirles en el arte del combate, comentando sus desgracias pasadas: cómo fulano estaba vivo al amanecer y muerto al caer la noche, y con qué alaridos y cuánto forcejeo había rendido mengano su alma bajo el filo de un sable afgano. La muerte era algo desconocido y horrible para los hijos de mecánicos acostumbrados a morir con dignidad por alguna enfermedad infecciosa, y su cautelosa discusión en los barracones de nada había servido para encararla con menos temor.

A muy temprana hora del amanecer sonaron los clarines, y, rebosantes de un entusiasmo equivocado, los destacados y aptos corrieron sin esperar siquiera una taza de café y una galleta, con la recompensa de verse obligados a esperar bajo el frío mientras el resto de los regimientos se preparaba tranquilamente para la refriega. Todo el mundo sabe lo grave que puede ser quitarle a un escocés sus bombachos; pues peor aún es obligarlo a que se mueva si no ve la necesidad de apresurarse.

Los destacados y aptos esperaron apoyados en sus rifles y escuchando las protestas de sus estómagos vacíos. El coronel hizo cuanto pudo por remediar el ayuno al

ver que la cosa iba para largo, y consiguió que el café estuviera listo justo cuando los hombres… ya empezaban a marchar, con la banda en cabeza. Incluso en esto hubo un error de cálculo, y el regimiento llegó al valle diez minutos antes de la hora señalada. La banda giró a la derecha una vez alcanzada la llanura, se replegó tras un pequeño montículo rocoso y siguió tocando mientras el regimiento se alejaba.

La escena con la que se encontró el inexperto regimiento no fue en absoluto agradable, pues resultó que el extremo inferior del valle estaba ocupado por todo un ejército en posición: varias compañías ataviadas con casacas rojas disparaban — no cabía la menor duda— balas Martini-Henry, de esas que abrían un agujero en la tierra a cien metros por delante de la compañía que iba en cabeza. Se vieron obligados a avanzar sobre el terreno horadado antes de que el baile se iniciara con una profunda reverencia general a los gaiteros, que se ocultaron en el momento preciso, como accionados por un resorte mecánico. Capaces de pensar por sí mismos, siquiera a medias, lanzaron una descarga merced al simple procedimiento de encajar el rifle en el hombro y apretar el gatillo. Puede que las balas acabaran con

algunos de los que observaban en la ladera de la montaña, más ciertamente no afectaron al grueso del enemigo, mientras el estrépito de las armas ahogaba cualquier orden que pudiera haberse emitido.

—¡Por Dios bendito! —exclamó el brigadier desde su atalaya en lo alto del valle—. Ese regimiento acaba de arruinar el espectáculo. Que los otros se apresuren y disparen los cañones.

Pero los cañones, en su avance por las cumbres, se entretuvieron al topar con un pequeño fortín de adobe, contra el que dispararon sin tregua a una distancia de ochocientos metros, ocasionando grandes molestias a sus ocupantes, que no estaban acostumbrados a armas de tan diabólica precisión.

Los destacados y aptos siguieron avanzando, aunque acortaron la zancada. ¿Dónde estaban los otros regimientos y por qué esos negros usaban Martini? Por instinto acataron la orden de echar cuerpo a tierra y abrir fuego a discreción, levantarse para avanzar rápidamente unos pasos y volver al suelo, como dicta el reglamento. En esta formación, cada hombre se sentía desesperadamente solo y se arrimaba al compañero en busca de consuelo.

El chasquido del rifle del vecino en la oreja lo incitaba a disparar a toda prisa, en este caso por el consuelo que proporcionaba el ruido. La respuesta no tardó en llegar. Cinco descargas cayeron sobre las filas, formando un banco de humo impenetrable para la vista, y las balas empezaron a aterrizar a veinte o treinta metros por delante de los tiradores, mientras el peso de la bayoneta vencía el brazo del soldado y lo desviaba hacia la derecha, agotado por el esfuerzo de resistir el impacto de los Martini. Los mandos de la compañía atisbaban impotentes entre el humo, y los más nerviosos intentaban mecánicamente dispersarlo con sus cascos.

—¡Arriba y a la izquierda! —vociferaba el capitán hasta quedarse ronco—. ¡Así es imposible! Alto el fuego hasta que el humo se disipe un poco.

Hasta tres y cuatro veces daban la orden las cornetas y, una vez que esta se obedecía, los destacados y aptos esperaban ver al enemigo acribillado y amontonado en el suelo. Una brisa suave se llevaba el humo hacia la izquierda, revelando al enemigo todavía en posición y aparentemente indemne. Un cuarto de tonelada de plomo había quedado enterrada a doscientos metros de

donde se encontraban, de lo cual daba cuenta la tierra hecha jirones.

Nada de esto parecía desmoralizar a los afganos, que no tienen los nervios europeos. Aguardaron hasta que la confusión hubo pasado y empezaron a disparar tranquilamente al corazón del humo. Un cabo de los destacados y aptos puso boca arriba a su compañero, que aullaba de dolor; otro jadeaba y pateaba el suelo, y un tercero a quien una bala dentada le había desgarrado los intestinos llamaba a voces a sus camaradas para que pusieran fin a su agonía. Estas fueron las bajas, y en modo alguno resultaba tranquilizador verlas u oírlas. El humo se extinguió hasta tornarse una bruma tenue.

Un griterío feroz estalló entonces en las filas del enemigo, y una masa —una masa negra— se desprendió del cuerpo principal y rodó por el suelo a increíble velocidad. Integraban dicha masa unos trescientos hombres que, con grandes alaridos, disparaban y acuchillaban cuando la carga de sus cincuenta camaradas dispuestos a morir surtía efecto. Eran cincuenta ghazis medio enloquecidos por los efectos de alguna droga y enloquecidos del todo por su fanatismo religioso. El fuego británico cesó al lanzarse esta carga, y con la

tregua llegó la orden de cerrar filas y salir al encuentro del enemigo con las bayonetas.

Cualquier hombre con conocimientos del oficio podría haber explicado a los destacados e ineptos que el único modo de repeler un ataque ghazi es lanzando ráfagas de fuego a larga distancia; porque un hombre que está dispuesto a morir, que desea morir, que ganará el cielo con la muerte, en nueve de cada diez casos matará a cualquiera que albergue algún prejuicio en favor de la vida. Y allí donde debieran haber cerrado filas y avanzar, los destacados e ineptos se desplegaron y se lanzaron al combate, mientras que donde debían desplegarse y disparar, cerraban filas y se mantenían a la espera.

Ningún hombre está de buen humor cuando lo sacan del sueño y se encuentra en ayunas, y mucho menos se alegra de ver la esclerótica de trescientos enemigos de metro ochenta con las barbas cubiertas de espuma, las lenguas enredadas en un rugido de furia y armados con larguísimos sables.

Los destacados e ineptos oyeron las cornetas de los gurkas que llamaban a seguir avanzando a paso ligero, mientras desde su izquierda les llegaba el relincho de las gaitas.

Se esforzaron por seguir en el sitio, a pesar de que las bayonetas temblaban como los remos de una embarcación destrozada. Fue entonces cuando sintieron cuerpo a cuerpo la prodigiosa fuerza física del enemigo; el ataque concluyó con un grito de dolor, y cayeron los sables produciendo escenas inenarrables. Los hombres se apiñaron y lucharon ciegamente, muchas veces contra sus propios compañeros. Se rasgó como un papel su línea de combate, y los cincuenta ghazis la atravesaron, seguidos de sus camaradas, que, ebrios de victoria, combatían con idéntico frenesí.

Se ordenó entonces que se cerrara la retaguardia, y los subalternos se sumaron al guiso… solos, pues había llegado hasta la retaguardia el clamor del frente, los gritos y los aullidos de dolor, y los hombres habían visto, aterrados, el color de la sangre oscura. No tenían intención de resistir. Se produjo, como en tantas ocasiones, la desbandada. Que fueran los oficiales al infierno, si así lo deseaban; ellos se alejaron de aquellos sables.

—¡Adelante! —gritaban los subalternos; pero los soldados los maldecían, retrocedía, pegándose unos a otros y girando sobre los talones.

Charteris y Devlin, subalternos de la última compañía, afrontaron su muerte en solitario, convencidos de que sus hombres seguirán sus pasos.

—Me han matado, cobardes —sollozó Devlin antes de caer a tierra, cortado desde el hombro hasta la mitad del pecho; y otro destacamento bajo su mando, que se batía en retirada, lo pisoteó para regresar al desfiladero del que había salido.

«La besé en la cocina, la besé en el salón.
¡Síganme, chicos, síganme!
¡Dios Santo!, dijo el reloj, ¿a todos piensa besarnos?
Ale… Ale… Ale… ¡Aleluya!»

Los gurkas salían en gran número del desfiladero de la izquierda y bajaban desde las cumbres en respuesta a la llamada de avanzar a paso ligero. Las rocas negras se cubrieron de arañas verdes cuando las cornetas entonaron con júbilo:

«¡En la mañana! ¡En la mañana con la primera luz!
¡Cuando Gabriel toque su trompeta en la mañana!»

Las compañías que integraban la retaguardia de los gurkas avanzaba dando tumbos y resbalones sobre las piedras sueltas. Los que integraban las primeras filas se detuvieron un momento para evaluar la situación en el valle y atarse los cordones de las botas. Un leve y feliz suspiro recorrió a las tropas, y fue como si la tierra sonriera, pues allí abajo se hallaba el enemigo, y para salir a su encuentro habían redoblado los gurkas el paso. Y el enemigo era numeroso. La diversión estaba garantizada. Se ciñeron los kukris y miraron a sus oficiales boquiabiertos, como el terrier que sonríe antes de que le lancen la piedra que debe encontrar. El terreno descendía a sus pies hasta el valle, y disfrutaban de una buena vista de la escena. Se sentaron a observarla desde las rocas, porque sus oficiales no malgastaban sus fuerzas en repeler un ataque que se estaba produciendo a más de ochocientos metros de distancia. Que los hombres blancos cumplieran con su parte.

—¡Eh, nosotros! —exclamó el capitán, que sudaba profusamente—. ¿Qué rayos hacen cerrando filas, idiotas? No es momento de cerrar filas, es momento de atacar. ¡Aj!

Horrorizados, divertidos e indignados, contemplaron los gurkas la retirada de los destacados e ineptos, que, entre blasfemias y comentarios, formaban un coro a la carrera.

—¡Huyen! ¡Los hombres blancos están huyendo! ¿Podemos huir también nosotros, sahib coronel? —murmuró Runbir Thappa, el teniente.

Pero el coronel ni siquiera le escuchaba.

—¡Deja que sufran algunos cortes los pobres diablos! —dijo en tono airado—. Les está bien merecido. En menos de un minuto les ordenarán regresar. —Miró con los prismáticos y atisbó el destello de la espada de un oficial—: ¡Pegado con la superficie de la hoja, malditos reclutas! ¡Miren cómo avanzan los ghazis!

Los destacados e ineptos arrastraban a sus oficiales en la retirada. La angostura del paso forzaba a la multitud a avanzar en compacta formación, mientras desde la retaguardia se lanzaba alguna que otra descarga titubeante. Los ghazis se replegaron, pues no sabían lo que podía esperarles en el desfiladero. Además, nunca era prudente alejarse demasiado en una persecución. Regresaron

como lobos a su guarida, satisfechos de la matanza que acababan de ejecutar y deteniéndose solo para rebanar con sus sables a los que yacían heridos en el suelo. Cuatrocientos metros se habían alejado los destacados e ineptos, que, apiñados ahora en el desfiladero, temblaban de dolor, sobrecogidos y desmoralizados por el miedo, mientras los oficiales, cegados por la ira, les golpeaban con la culata y la empuñadura de las espadas.

—¡Vuelvan, vuelvan, cobardes… mujerzuelas! ¡Media vuelta… columna de compañías, en formación, perros! —clamaba el coronel, mientras los subalternos blasfemaban a voz en cuello.

Pero el regimiento quería marcharse… marcharse a cualquier lugar donde los implacables sables no pudieran alcanzarlos. Se movían indecisos, adelante y atrás, entre gritos y protestas, en tanto los gurkas, desde la derecha, lanzaban sucesivas descargas de balas Snider sobre la turba de ghazis que regresaba junto a sus tropas, hiriéndolos y deteniéndolos con sus disparos.

La banda de los destacados e ineptos, aunque protegida del fuego directo por el promontorio rocoso bajo el cual se había instalado, huyó al lanzarse la primera carga.

Jakin y Lew se habrían largado de buena gana, de no ser porque sus cortas piernas los dejaron a cincuenta metros por detrás del grupo, y cuando la banda logró alcanzar al regimiento, comprendieron con desazón que tendrían que apañárselas sin ayuda de nadie.

—Volvamos a la roca —jadeó Jakin—. Allí no nos verán.

Y regresaron junto a los instrumentos abandonados por los músicos, con el corazón a punto de reventarles las costillas.

—Disfrutemos del espectáculo —dijo Jakin, tendiéndose en el suelo boca abajo—. ¡Un espectáculo de tomo y lomo para la Infantería británica! ¡Los muy perros! ¡Nos han dejado solos! ¿Qué vamos a hacer?

Lew echó mano de una cantimplora que alguien había abandonado y que estaba, naturalmente, llena de ron; y bebió hasta que le entró tos.

—Bebe —le ordenó escuetamente a su amigo—. Volverán en un par de minutos… ya lo verás.

Jakin bebió, pero no vio indicio alguno de que el regimiento regresara. Les llegaba un clamor sordo desde lo alto del valle y veían escabullirse a los ghazis, que apretaban el paso para alejarse del fuego de los gurkas.

—Somos los únicos que quedamos de la banda, y seguro que nos rebanan —dijo Jakin.

—En ese caso moriré como un animal salvaje —respondió Lew con la voz pastosa, jugueteando con su diminuta espada. El ron empezaba a actuar en su cerebro, igual que en el de Jakin.

—¡Un momento! Se me ocurre algo mejor que pelear —dijo Jakin, deslumbrado por el brillo de una ocurrencia principalmente producida por el alcohol—. Haremos regresar a esos malditos cobardes. Los pastunes están bastante lejos.

¡Vamos, Lew! No nos pasará nada. Tú coge el pífano y dame a mí el tambor. ¡Toca el «*Old Step*» soplando desde las tripas! Algunos de los nuestros están volviendo. Levántate, borracho holgazán. ¡A tu derecha… a paso rápido!

Se pasó la cinta del tambor por encima del hombro, le puso a Lew el pífano en la mano, y juntos abandonaron el abrigo de la roca para salir a campo abierto, interpretando de un modo atroz los primeros compases del himno de los granaderos británicos.

Tal como había dicho Lew, algunos de sus camaradas regresaban sombríos y avergonzados, bajo el estímulo de los golpes y los insultos; sus casacas rojas brillaban en la cabecera del valle y tras ellos oscilaban las bayonetas. Sin embargo, entre esta línea rota y el enemigo, que con recelo de afgano se temía una emboscada tras la presurosa retirada y por ello no se había movido del sitio, no mediaban más que ochocientos metros de terreno salpicado de cuerpos heridos.

La melodía fue cobrando ritmo, y los muchachos avanzaron hombro con hombro, aporreando Jakin el tambor como un poseso. El pífano emitía un chirrido estridente y lastimero, pero la música llegaba incluso hasta el lugar donde se encontraban los gurkas.

—¡Vamos, perros! —musitaba Jakin para sus adentros—. ¿Van a obligarnos a tocar eternamente?

Lew llevaba la vista al frente y marchaba más envarado que en un desfile.

Y para amargo escarnio de los desertores, la vieja melodía se tejía a golpes y pitidos estridentes:

«De Alejandro hablan unos,
y otros hablan de Hércules;
de Lisandro y de Héctor,
¡y grandes hombres son!»

Resonaron a lo lejos los aplausos de los gurkas, y se oyó rugir a los escoceses, pero ni británicos ni afganos lanzaron un solo disparo. Los dos pequeños puntos rojos avanzaban a campo abierto, en paralelo al frente del enemigo.

«Mas no hay en el mundo
héroe que se pueda comparar
al granadero británico
cuando desfila al compás.»

La tropa de los destacados e ineptos empezaba a concentrarse en la entrada de la llanura. Arriba, en las cumbres, el brigadier había enmudecido de rabia. El

enemigo seguía sin hacer ningún movimiento. El día se había detenido para contemplar a los dos niños.

Jakin se detuvo para interpretar el gran redoble que llamaba a la asamblea, mientras el pífano chirriaba desesperadamente.

—¡Adelante! No te detengas, Lew; estás borracho —dijo Jakin. Giraron sobre sus talones y reanudaron la marcha:

«Esos héroes del pasado jamás vieron un cañón
ni conocieron la pólvora…»

—¡Ya vienen! —anunció Jakin—. Continúa, Lew. … ¡Que derrota al espadón!

Los destacados e ineptos salían del valle en avalancha. Qué les dijeron sus oficiales en ese momento de vergüenza y humillación es cosa que nunca se sabrá, pues ni oficiales ni soldados se avienen a hablar de ello.

—¡Vuelven! —gritó un sacerdote entre los afganos—, ¡no maten a los niños! Atrápenlos con vida y se convertirán a nuestra fe.

Pero ya se había lanzado la primera descarga, y Lew cayó de bruces. Jakin se mantuvo en pie por espacio de un minuto, giró en redondo y cayó a tierra mientras los destacados e ineptos avanzaban con el eco de los insultos de los oficiales en sus oídos y la vergüenza de la humillación en sus corazones.

La mitad de los hombres había visto morir a los tambores sin hacer el menor gesto. Ni siquiera gritaron. Redoblaron el paso a través de la llanura en abierta formación y sin disparar.

—Ahora empieza el ataque de verdad —dijo en voz baja el coronel de los gurkas—. Así es como tenía que haber sido. Adelante, muchachos.

—¡Ulu-lu-lu-lu! —gritaron los gurkas, y se lanzaron a la carrera haciendo chasquear alegremente sus temibles sables.

No hubo precipitación en el flanco derecho. Encomendando astutamente su alma a Dios —pues tan malo para un hombre es morir en una escaramuza de frontera como en Waterloo—, los escoceses se desplegaron y abrieron fuego según su costumbre, esto

es, sin ardor, pero sin tregua, mientras los cañones, una vez que despacharon el inoportuno fortín de adobe antes mencionado, disparaban sin piedad sobre la piña de hombres rodeados por los verdes estandartes que ondeaban en las cumbres.

—El ataque es una necesidad aciaga —murmuró el abanderado de la compañía escocesa—. Es una maldición para los hombres, pero creo que este será de los buenos si esos demonios negros se resisten. Stewart, estás disparando al ojo del sol, y te aseguro que la munición del gobierno no puede hacerle ningún daño. Apunta treinta centímetros más abajo y dispara mucho más despacio. ¿Qué hacen los ingleses? Están muy quietos ahí en el centro. ¿Piensan huir otra vez?

Los ingleses no huían: acuchillaban, destripaban y cortaban a tajo, porque si bien un hombre blanco rara vez puede aventajar físicamente a un afgano cubierto por una piel de borrego o un abrigo acolchado, la presión de sus muchos compañeros y cierta sed de venganza en su corazón lo vuelve capaz de hacer cualquier cosa con ambos extremos de su rifle. Los destacados e ineptos no detenían el fuego hasta que una bala lograba atravesar a

cinco o seis hombres, y desde el frente afgano se devolvía la descarga. Los afganos empezaron poco después a seleccionar a su objetivo para asesinarlo entre profundos resuellos, toses entrecortadas y gruñidos del correaje sobre los cuerpos crispados, y por primera vez los ingleses comprendieron que un afgano atacado es mucho menos formidable que un afgano cuando ataca, una verdad que los soldados más veteranos debieran haberles enseñado.

Pero en sus filas no había soldados veteranos.

El tenderete de los gurkas era el más bullicioso del mercado, pues se empleaban a fondo con el kukri —produciendo un sonido muy desagradable, como el de la carne al ser cortada sobre el tajo del carnicero—, que preferían con mucho a la bayoneta, sabedores de cuánto odiaban los afganos su hoja en forma de media luna.

Mientras los afganos vacilaban, los estandartes verdes descendían por la montaña para ayudar en una última ofensiva. Y fue un error. Los lanceros, desesperados en el desfiladero de la derecha, enviaron por tres veces a su único subalterno para dar cuenta de la evolución de la batalla. Regresó el jinete en la tercera ocasión con un rasguño de bala en la rodilla,

profiriendo incomprensibles juramentos en indostaní y anunciando que todo estaba a punto.

Y así fue como este escuadrón giró a la derecha de los escoceses, acompañado del lúgubre ulular del viento en las banderolas de sus lanzas, para precipitarse sobre los restos del ejército en el preciso instante en que, según todas las reglas de la guerra, debieran haber esperado hasta que el enemigo diera mayores muestras de agotamiento.

Fue, no obstante, un ataque primoroso y ejecutado con destreza, que concluyó con la caballería en la cabecera del paso por el que los afganos intentaban retroceder; tras la estela de las lanzas avanzaban dos compañías escocesas, algo en ningún momento había sido planeado por el brigadier. La maniobra resultó un éxito. Desprendió al enemigo de su posición como se arranca una esponja de una roca y lo encerró en un cerco de fuego en el centro de la implacable llanura. Y tal como la mano del que se baña atrapa la esponja en la bañera, así fueron atrapados los afganos hasta que rompieron filas en pequeños destacamentos, mucho más difíciles de abatir que una masa compacta.

—¡Miren! —dijo el brigadier—. Todo ha salido tal como yo había dispuesto. Ahora que hemos logrado cortar sus defensas los haremos pedazos.

Una derrota aplastante era todo cuanto el brigadier se había atrevido a pronosticar, habida cuenta de las fuerzas con que contaba, pero cuando los hombres resisten o caen como consecuencia de los errores del adversario, bien puede perdonarlos por transformar en designio el azar. La ofensiva continuaba alegremente. Las fuerzas afganas se batían en retirada, como lobos exhaustos que huyen aullando y vuelven la cabeza para morder por encima del hombro. A pares y a tríos caían en picado las lanzas rojas, y, con potente alarido, alzaban los soldados el extremo romo de su lanza, como un mástil en un mar azotado por la tempestad, y limpiaban luego su punta a medio galope. Se mantenían los lanceros entre su presa y la abrupta montaña, pues todo el que podía intentaba escapar del valle de la muerte. Los escoceses aplicaban a los fugitivos la ley de los doscientos metros y luego los abatían, jadeantes y asfixiados, antes de que pudieran alcanzar refugio en los peñascos. Los gurkas seguían el ejemplo, pero los destacados e ineptos mataban por su cuenta y riesgo, pues habían logrado encerrar a una masa

de hombres entre las puntas de sus bayonetas y la pared de roca, y el destello de los rifles iluminaba los abrigos acolchados.

—¡No podemos resistir, sahib capitán! —resolló un risaldar de los lanceros—. Probemos con la carabina. La lanza es eficaz, pero nos hace perder tiempo.

Probaron con la carabina, y el enemigo siguió replegándose, huyendo montaña arriba por centenares, aun cuando los otros solo contaban con veinte balas para detenerlos. Los cañones cesaron el fuego en las cumbres —se habían quedado sin munición—, y el brigadier lanzó un gruñido, porque las descargas de los mosquetes no bastaban para aplastar a los que se batían en retirada. Mucho antes de que se lanzaran las últimas descargas, las camillas ya tuvieron que acudir al rescate de los heridos. La batalla había concluido y, de no ser por la falta de tropas frescas, los afganos habrían sido borrados de la faz de la tierra. Sus muertos se contaban por centenares, aunque el mayor número de bajas se produjo en las filas de los destacados e ineptos.

El regimiento no se sumó a los vítores de los escoceses ni a la macabra danza de los gurkas entre los cadáveres.

Miraban al coronel de soslayo, jadeantes y apoyados en sus rifles.

—Vuelvan al campamento. ¡Ya los han deshonrado bastante en un solo día! Vayan en busca de los heridos. No sirven para nada más —les espetó el coronel. Sin embargo, los destacados e ineptos habían hecho en la última hora todo cuanto un alto mando puede esperar de sus tropas. Si perdieron a muchos hombres, fue por desconocimiento e impericia, pero habían actuado con gallardía y esa era su recompensa.

Un joven y vivaz abanderado, que ya se veía convertido en héroe, ofreció su cantimplora a un escocés con la lengua negra de sed.

—Yo no bebo con cobardes —respondió el otro con voz ronca, y, volviéndose hacia un gurka, dijo—: ¡Eh, Johnny! ¿A ti te gusta el agua?

El gurka sonrió y le pasó su cantimplora. El destacado e inepto no dijo palabra.

Regresaron al campamento tras despejar y adecentar el campo de batalla, y el brigadier, que imaginaba su

investidura como caballero en menos de tres meses, fue el único que tuvo elogios para ellos. El coronel estaba desconsolado y los oficiales muy enfadados y huraños.

—Son soldados muy jóvenes —explicó el brigadier—, y es natural que en algún momento se retiren desordenadamente.

—¡Eso mismo haría mi tía María! —murmuró un joven oficial—. ¡Retirarse desordenadamente! ¡Han huido en estampida!

—Pero han vuelto, como todos sabemos —susurró el brigadier, mirando al coronel, que estaba blanco como la tiza—, y han combatido lo mejor que cabía esperar. A decir verdad, se han portado de maravilla. Los he estado observando. No hay que tomárselo tan a pecho, coronel. Como dijo de sus hombres un general alemán, solo querían recibir unos cuantos disparos, nada más —Y para sus adentros, pensó: «Ahora que ya están encarnizados puedo asignarles tareas de responsabilidad. Es bueno que les haya pasado esto. Han aprendido más que con media docena de devaneos con el rifle; todo pasará con el tiempo. Pero pobre coronel».

Esa tarde, el heliógrafo no paró de parpadear y de titilar sobre las colinas para transmitir la buena nueva a una montaña situada a sesenta kilómetros de distancia. A la anochecida apareció un emisario desorientado, polvoriento, sudoroso y herido, que había salido para ayudar a sofocar un importante incendio en una aldea y captó el mensaje a lo lejos, maldiciendo por ello su suerte.

—Repasemos lo ocurrido… con el mayor de los detalles, por favor. Es la primera vez que me ocupo de esta campaña —le dijo el corresponsal al brigadier; y el brigadier, sin la menor resistencia, le contó cómo un ejército de comunicación había sido aplastado, destruido y casi aniquilado gracias a su pericia, su estrategia, su sabiduría y su previsión.

Algunos, como los gurkas, que lo habían visto todo desde la ladera de la montaña, cuentan, sin embargo, que la batalla la ganaron Jakin y Lew, cuyos cuerpos menudos llegaron en el momento preciso para ocupar dos huecos en la cabecera de la gran fosa común que se cavó para los muertos bajo las cumbres de Yagai.

“Lo saben los soldados, lo saben sus oficiales y lo sabe la Guardia Real, y también el enemigo lo sabrá cuando sobrevenga la próxima guerra...

Colección
Lima Lee

